



Reseña

**Giordano, Alberto: El giro autobiográfico.
Rosario: Beatriz Viterbo, 2020.**

Adriana Amante¹

Giordano y yo²

Dedicaré este texto a celebrar el libro de Alberto Giordano que bajo el título *El giro autobiográfico* y editado por Beatriz Viterbo, reúne dos libros ya publicados: *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* (editado por Mansalva en 2008) y *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico* (por Beatriz Viterbo en 2011), más cuatro textos dispersos que se agrupan bajo el título de “Insistencias” que giran (y se verá que lo insistente no es una mera forma de decir) en torno de lo autobiográfico en la literatura argentina actual. Para salir de lo previsible, no voy a empezar hablando del “giro autobiográfico”, ni de “la literatura argentina actual”; tampoco de “vida y obra”. No porque no sean ideas tentadoras (y claro que igual voy a pasar por ahí), sino porque me resulta más revelador pensar (y empezar por) las

¹ **Adriana Amante** se doctoró en Letras, y es investigadora y profesora de Literatura Argentina del siglo XIX en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. También da clases en New York University, la Universidad Di Tella y la Maestría de Escritura Creativa de la UNTREF. Recibió becas del Fondo Nacional de las Artes, el Instituto Camões y la UBA. Fue investigadora visitante en NYU, la University of London y la Universidade Nova de Lisboa; y profesora visitante en la University of California at Berkeley. Tradujo del portugués *Memorias póstumas de Bras Cubas*, de Machado de Assis y *El banquero anarquista*, de Pessoa. Publicó *Poéticas y políticas del destierro* (FCE, 2010) y dirigió el tomo sobre Sarmiento de la *Historia crítica de la literatura argentina* (Emecé, 2012). amante@retina.ar.

² Esta reseña recoge los comentarios críticos realizados durante la presentación del libro *El giro autobiográfico* de Alberto Giordano, el 14 de octubre del 2020 por el IGLive de Beatriz Viterbo Editora.

“insistencias”. Por las *insistencias* que marcan la *vida y obra* de Alberto Giordano, y que lo llevan a indagar y retomar, con sistemática dedicación, *el giro autobiográfico de la literatura argentina actual*. Y digo que lo hace con sistemática dedicación porque, bien visto, un insistente no es sino un sistemático empedernido.

Las *insistencias*, podrá decirse con razón, son las obsesiones del investigador; así como también podrá decirse que son las *insistencias* las que constituyen a alguien en *especialista*. Pero ojalá fueran solo eso. O sea, y para que no se entienda mal: que no sea solo eso es un verdadero problema o, en rigor, lo convierte en el verdadero y también en el más interesante de los problemas. “Cada vez que publico un libro lo sigo escribiendo en otros ensayos que delatan mi apresuramiento y mi monotonía”, dice Alberto Giordano en una confesión de fe pública o, mejor, en un estado de *work in progress* permanente.

Pero es claro también que el verdadero arte de un insistente consiste en machacar sobre lo mismo bajo la apariencia de lo nuevo. (O aun más: consiste en hacer o ir por algo nuevo para aparentar que no se está machacando sobre lo mismo, y poder entonces seguir machacando sobre lo mismo pero más tranquilamente). De todos modos, el hecho de que las diferencias o variaciones puedan ser sutiles no las hace menos evidentes.

De las ediciones anteriores de las partes que componen este nuevo libro de Alberto Giordano se conserva todo. Bueno: casi todo. Porque ya en el prólogo mismo se deja leer una insistencia en la repetición (¿o, al fin y al cabo, la reedición no es un ejercicio sistemático de la insistencia?) mientras se desliza sutilmente alguna diferencia. Es casi heracliteano: no nos bañamos dos veces en el mismo río (cosa que un habitante de Rosario sabe muy bien). Y es claro, por supuesto, que esa diferencia la pesca no necesariamente una lectora sutil, pero sí seguramente una lectora desconfiada. Aunque no me haría (del todo) justicia si se creyera que fue apenas la desconfianza la que me movió. Que también me movió el ejercicio de mis propias insistencias y fue la

obsesión (otra forma sistemática de la insistencia) la que me llevó a chequear si el texto era el mismo o tal vez otro.

Lo que encontré fue un verdadero premio (merecido, por otra parte, para una obsesiva, personaje no siempre querible, pero que igual puede mover a la ternura o al menos a la compasión): pesqué el... ¿cómo llamarlo?: ¿borramiento? ¿corrimiento? ¿deslizamiento? Cito el prólogo de 2008 de *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*:

Mientras escribo este prólogo asisto al último avatar de la fórmula, su reproducción como lugar común desprovisto de autor. Por una gacetilla que Daniel Link colgó en su blog me entero de que pasado mañana alguien dará una charla en Buenos Aires sobre (y no sobre lo que algún crítico con pretensiones de notoriedad llama) ‘el giro autobiográfico de la literatura argentina actual’. Lo que se dice un caso de justicia mediática (7).

En el prólogo de 2020 de *El giro autobiográfico*, la nota al pie y la mención a Link desaparecen, pero la sustancia se recupera por otros medios. Otros cambios hacen del “¿Viste que te citó Garcés?” un “¿Viste que te citó Fogwill? Y el nombre de Marcos Mayer pasa a tipología al ser aludido como un “periodista de La Nación”. Al prologuista del 2020 le costó, como a Pierre Menard, más que al prologuista del 2008, que viene a ser Cervantes, escribir su *Quijote*.

Pero, en realidad, quedé entrampada en un efecto Pierre Menard falso: aparenta con ofrecer lo mismo para deslizar alguna diferencia. Y me preguntaba si a eso que pasó entre un prólogo y otro debía entonces llamarlo borramiento, corrimiento o –quizás mejor– deslizamiento, porque la acción es como la de quien se corre para dejar caer algunas cosas pretendiendo que no volverá a recogerlas (digo “pretender” como un sinónimo, no de “querer”, sino de “fingir” que no volverá a recogerlas). Se aparenta, entonces, que no se volverá atrás para recogerlas, lo que tanto el gesto de la reedición como las formas sistemáticas de la insistencia desmienten palmariamente. (Y no son tan distintos estos deslizamientos que los que se producen –incluso en los casos en los que casi ni se edita– en el traslado de los textos de los diarios de

Facebook a los libros: un nuevo agenciamiento reconfigura algunos sentidos –y la sutil colaboración de Nora Avaro, también–).

No sé si ese deslizamiento de un prólogo a otro es una forma del arrepentimiento (o incluso, mejor, del pentimento, diría, en rigor, porque se le ve la huella de lo anterior –de las ediciones anteriores de las partes que ahora componen este libro–) o un deliberado y sutil juego que no es sino una forma del ejercicio de la malicia. Y diría más: no solo de la malicia, sino de la malicia sostenida (no otra cosa cabría esperar de un insistente).

Para que se entienda, voy a dar dos ejemplos más notoriamente evidentes. Uno está relacionado con Alan Pauls, el otro recoge (pretendía dejarlo, pero vuelve por sus fueros) el caso Daniel Link. En el caso de Alan Pauls, Alberto Giordano se planta en la “decepción” (la palabra le pertenece) y llega a hablar incluso de lo “descorazonador” o “desencantador” que le resulta cuando la cita o la entrada en literatura anula el fragmento de vida que viene supuestamente a iluminar en *La vida descalzo*. Es tierno el ensayista: sufre, padece (¿quién dijo que el ensayo no es un género capaz de sentir?). Y no digo con esto que yo necesariamente esté de acuerdo. Digo que las figuras que construye o los análisis de sus estilos que hace están en acuerdo perfecto con el modo de indagación del propio Giordano: es auténtico porque se ajusta a lo que lee y a cómo lee. Por eso es lógico que se decepcione “cuando la literatura se afirma como artificio”, porque entonces “la vida y la intimidad quedan reducidas a la deprimente condición de materiales para el trabajo. El lector de diarios siempre espera más” (42). Todo eso viene, en la escritura de Giordano, enlazado con una caracterización certera del estilo sintácticamente preciso o de la agudeza del juicio de un escritor como Pauls, que es capaz de ofrecer paráfrasis de Proust admirablemente escritas, que son justamente las que, para el ensayista, “anulan” el “fragmento de vida” (43).

No me olvidé de explicar lo que quise decir con la *malicia sostenida*. Solo estoy posponiéndolo un poco. Voy primero al caso Link. Si a Alan Pauls

Giordano le leía el *gesto* del modo más incisivo, a Daniel Link lo *caza al vuelo*. Recordemos la nota al pie, a propósito de un comentario del blog de Link. Agrego ahora algo que se lee en el artículo “Daniel Link: el giro intimista”, por lo que cito una sutileza de Giordano que me gusta: “Mientras no escribía los ensayos que aún faltaban para que *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual* adquiriese la consistencia de un libro más o menos convincente, coordiné un seminario más o menos sobre el mismo tema” (me gusta esa especie de lýtote conceptual: mientras *no* escribía...). Era, para Giordano, un simulacro de actividad crítica. A ese seminario concurrió Daniel Link. No voy a recuperar acá el modo en que Alberto Giordano nos pone a Daniel Link en el escenario desplegando toda su parafernalia performática (la de Link, digo; ¿o quizás también la suya propia?), que recomiendo leer (o releer) (lo que se dice en este ensayo bien podría figurar en algunos de los libros que recogen los posts de Facebook de Giordano). Voy a detenerme en el modo en que Giordano reproduce (o imposita, ¡¿qué más da?! un diálogo entre Link y él, o lo que podría haber sido un diálogo si Link en efecto lo hubiera interpelado:

“¿No te había dicho que cuando me confieso invento e imagino? ¿Hasta cuándo vas a seguir creyendo que lo que cuento en primera persona realmente me ocurrió?” Lo que no pude decirle a Link, porque su intervención tuvo una respuesta colectiva y tumultuosa y porque en verdad nunca me preguntó nada, es que no sabía qué responder (63).

Una página más adelante, el insistente Giordano completa:

Reducido casi al silencio por un diálogo sin interrupciones que afligía mi narcisismo de orador pero alegraba mi vanidad de coordinador del evento (es posible que no exista algo así como un giro autobiográfico en la literatura argentina actual, pero no hay dudas de que da que hablar) pude observar con atención el envidiable histrionismo del escritor-*performer* (65).

Le da certeramente, por momentos lo noquea, y Giordano convierte, así, el ensayo en la continuación de la polémica por otros medios. Pero es claro que,

así como puede sentirse tocado, Link no puede dejar de sentirse halagado, por el modo en que Giordano construye su personaje (el de Link, digo).

Y ahora vuelvo a la idea de la malicia sostenida. Porque Alberto Giordano insiste, más claramente en el caso Link, en volver a lo que piensa de ese desborde performático con cierta sutil, aguda e inteligente malicia. Porque creo, sí, que por momentos hay una malicia sostenida en *El giro autobiográfico*. Malicia (¿o justicia?) sostenida: y en este caso no digo “sostenida” porque lo haga siempre, o no lo digo (o no solo lo digo) porque insistentemente lo repita, sino porque Giordano *se la banca*: la sostiene. Sostiene lo que sostiene (lo que piensa) con firmeza. Sin redundancia, sin estridencia; pero con consistencia. ¿Es *malicia* la palabra, o *criticismo* sostenido? *Criticismo*: lo digo casi como en una apropiación anglicista del término, como cuando hablamos de *criticism*; la crítica (literaria) como *criticismo*, que tiene, de todos modos, claro, como la vida, algo de *criticon* o, para decirlo más formalmente, que pone en crisis el objeto de modo que la aceptación (incluso el gusto o el placer) que pueda producir no sería una aceptación sin conflicto.

Hablé del modo en que Alberto Giordano construye su personaje. Sus personajes, debería haber dicho. Porque es claro que Giordano los construye muy bien: “Antes de convertirlos en personajes de mi comedia humana, Liffschitz, Escari, Meret y Acevedo eran, para mí, como para muchos, autores que ella [María Moreno] había descubierto” (98). Podríamos decir, incluso, que Giordano convierte en personaje a todo aquel o a toda aquella que nombra. Y claro que Giordano construye también muy bien su personaje. Porque él mismo es un personaje, tanto en sus textos autobiográficos como en sus textos ensayísticos. ¿Dónde buscar, entonces, el auténtico Alberto Giordano? ¿O dónde encontrar su ejercicio más excelso de autenticidad? (Y con esto, claro, entiéndase bien que no hablo de verdad, ni de realidad, ni siquiera de veracidad). Quizás no tanto (o, para no exagerar, quizás no solo) en los diarios *El tiempo de la convalecencia*, *El tiempo de la improvisación* o

Tiempo de más, sino sobre todo en los ensayos de Giordano, allí donde mientras habla de los otros o de las otras no hace sino hablar también de sí mismo.

Alguna vez le dije a Alberto Giordano que, después de Sarmiento, no sabía de nadie que se pusiera tan desembozadamente en evidencia como él. Y si bien eso se lo dije a propósito de *El tiempo de la improvisación* (su libro de escritura íntima), lo reafirmo a propósito de o con sus ensayos. ¿Pero acaso *El tiempo de la improvisación* no era o es también y sobre todo otra forma del ensayo del giro autobiográfico?

También le dije que el mejor personaje de su obra era o es –sin dudas– el de la hija (no le dije el de su hija sino el de la hija): deslumbrante e inteligentemente indiferente a las piruetas estilísticas y estéticas del padre. Se lo dije en privado, pero sé –porque me han dicho– que está en Facebook; y vi –porque yo misma lo he leído– que está en *Tiempo de más*, el último tomo de sus diarios. Se lo dije en privado, en o después de algunos de esos contactos esporádicos pero sostenidos de nuestros encuentros en Rosario, Buenos Aires, La Plata o Río de Janeiro.

Al volver de Río de Janeiro en 2016, recuerdo haber tenido (¿o sufrido?) una especie de *dejà-vu* expropiado (traslaticio, robado). Cuando hablo por teléfono con Josefina Cabo –amiga de Giordano en Facebook y amiga mía en la vida ¿real? – me entero de que yo había desayunado con Alberto Giordano en el hotel de Copacabana, donde los organizadores del ABRALIC nos habían alojado y que habíamos hablado de *Santiago*, la para mí puiguiana película de João Moreira Salles. Claro, al no tener Facebook yo no pude haber sabido por mí misma lo que yo misma había hecho, o lo que Alberto Giordano había dicho en su Facebook que yo misma había hecho mientras desayunábamos en Río. “La calle Honduras se sintió más real cuando se leyó impresa” (44), dice Borges en el *Evaristo Carriego*.

Y de ese viaje a Río de Janeiro recuerdo (creo) también una luminosa conversación sobre las escrituras de lo íntimo en la *van* que nos llevaba, por

entre morros y vegetación, de Copacabana a la UERJ (Universidade Estadual do Rio de Janeiro), entre el Maracanã y el morro da Mangueira. Bien podríamos haber tenido, de fondo, la voz de Caetano mimando el *sotaque* portugués de Portugal, en un remedo festivo de la voz de Amália Rodrigues cantando “Estranha forma de vida”, pero no sé si ocurrió, si lo imaginé o, claro, si lo estoy inventando ahora. *Estranha forma de vida*, sí, porque la escritura literaria, dice Alberto Giordano en *El giro autobiográfico*, es justamente eso: una “extraña forma de vida”.

Esa extraña forma de vida que es la literatura (ensayo, diario, confesión, *tanto faz*) lo multiplica a Giordano. No a Alberto, sino a Giordano. El nombre de ese personaje que suena para mí quizás con la voz de Judith Podlubne, que –como el Borges de Borges– es un personaje de literatura). Como Borges, Alberto podría decir *Giordano* y yo. Y esa multiplicación que es también desdoblamiento se consigue gracias al esfuerzo de quien cuenta el problema, donde un Borges hostiga y asedia al otro para robarle cada uno de sus intereses, gustos, aficiones, y entonces el que narra dice que se pasa la vida deslizándose, dejando caer algunos intereses, gustos y aficiones (“las mitologías del arrabal, los juegos con el tiempo y con lo infinito”), que le cede al otro para liberarse del juego especular y de la repetición (¿debería decir, en este contexto, de la insistencia en la repetición?). Por eso creo que la presentación de *El giro autobiográfico* podría haberse titulado “Giordano y yo”. Aunque esta vez, yo sí sé quién de los dos escribirá esta página.

Obra citada

Borges, Jorge Luis (1930). *Evaristo Carriego*. Buenos Aires, Gleizer.